



Pastores misioneros

Día del Seminario 2020

Catequesis para adultos



© Editorial EDICE

Añastro, 1

28033 Madrid

Tlf.: 91 343 97 92

edice@conferenciaepiscopal.es

Pastores misioneros

Catequesis para adultos

Introducción

La vocación de la Iglesia es de ser misionera por su propia naturaleza y así lo podemos constatar en este último siglo llamado «el siglo de las misiones». Esta realidad eclesial es la que el papa Francisco quiso volver a impulsar convocando un Mes misionero extraordinario, para «despertar aún más la conciencia misionera de la *missio ad gentes* y de retomar con un nuevo impulso la transformación misionera de la vida y de la pastoral; es la gran ocasión para abrirnos (...) a la alegre novedad del Evangelio»¹.

Este deber misionero es de todo el Pueblo de Dios, pero «la preocupación de anunciar el Evangelio en todos los pueblos pertenece al conjunto de los pastores, pues recibieron todos juntos el mandato de Cristo que les imponía un deber común» (*Lumen gentium*, n. 23)

Esto mismo es lo que nos recuerda, este año, el lema del Día del Seminario: «Pastores misioneros», resaltando el mandato de Jesús a los apóstoles «Id al mundo entero y proclamad el evangelio a toda la creación» (*Mc* 16, 15).

1. Misioneros

La Iglesia está en misión en el mundo: la fe en Jesucristo nos da la dimensión justa de todas las cosas haciéndonos ver el mundo con los ojos y el corazón de Dios; la esperanza nos abre a los horizontes

¹ Carta del papa Francisco al cardenal Filoni (22.X.2017).

eternos de la vida divina de la que participamos verdaderamente; la caridad, que pregustamos en los sacramentos y en el amor fraterno, nos conduce hasta los confines de la tierra (cf. *Miq* 5, 3; *Mt* 28, 19; *Hch* 1, 8; *Rom* 10, 18). Una Iglesia en salida hasta los últimos confines exige una conversión misionera constante y permanente. Cuántos santos, cuántas mujeres y hombres de fe nos dan testimonio, nos muestran que es posible y realizable esta apertura ilimitada, esta salida misericordiosa, como impulso urgente del amor y como fruto de su intrínseca lógica de don, de sacrificio y de gratuidad (cf. *2 Cor* 5, 14-21). Porque ha de ser hombre de Dios quien a Dios tiene que predicar².

Es un mandato que nos toca de cerca: yo soy siempre una misión; tú eres siempre una misión; todo bautizado y bautizada es una misión. Quien ama se pone en movimiento, sale de sí mismo, es atraído y atrae, se da al otro y teje relaciones que generan vida. Para el amor de Dios nadie es inútil e insignificante. Cada uno de nosotros es una misión en el mundo porque es fruto del amor de Dios. Aun cuando mi padre y mi madre hubieran traicionado el amor con la mentira, el odio y la infidelidad, Dios nunca renuncia al don de la vida, sino que destina a todos sus hijos, desde siempre, a su vida divina y eterna (cf. *Ef* 1, 3-6)³.

El papa Francisco nos presenta tres claves, propias de la vida cristiana, que nacen de nuestro ser bautizados y que impulsa a la Iglesia a ser misionera:

1. La fe en Jesucristo, para ver el mundo con los ojos y el corazón de Dios.
2. La esperanza, que nos abre un horizonte eterno: la vida divina.
3. La caridad, que no tiene límites (sacramentos y amor fraterno).

² Cf. BENEDICTO XV, carta apostólica *Maximum illud*.

³ FRANCISCO, *Mensaje* para la Jornada Mundial de las Misiones 2019.

- ¿Veo el mundo con los ojos y el corazón de Dios?
- ¿Vivo con esperanza mi vida?
- ¿Cómo vivo la caridad? ¿Siento ese impulso urgente del amor?
- ¿Vivo la lógica de don, de sacrificio y de la gratuidad?

El mandato misionero nos toca de cerca: yo soy siempre una misión; tú eres siempre una misión; todo bautizado y bautizada es una misión.

- ¿Soy plenamente consciente de que por haber sido bautizado tengo esta misión?
- ¿Cuál es tu misión en la Iglesia, en mi familia, en mi trabajo, etc.?

Vocación y misión están unidas. La misión de toda la Iglesia supone la colaboración de cada uno de sus miembros: «saben los Pastores que no han sido instituidos por Cristo para asumir por sí solos toda la misión salvífica de la Iglesia en el mundo, sino que su eminente función consiste en apacentar a los fieles y reconocer sus servicios y carismas de tal suerte que todos, a su modo, cooperen unánimemente en la obra común. Pues es necesario que todos, «abrazados a la verdad en todo crezcamos en caridad, llegándonos a Aquel que es nuestra cabeza, Cristo, de quien todo el cuerpo, trabado y unido por todos los ligamentos que lo unen y nutren para la operación propia de cada miembro, crece y se perfecciona en la caridad» (*Ef* 4, 15-16)» (*Lumen gentium*, n. 30).

- ¿Descubro que mi vocación como bautizado es misión?
- ¿Cómo vivir pastores y fieles esta misión?

En la Iglesia, el Señor, ha dejado los medios para que todos participemos de esta misión: «el apostolado de los laicos es participación en la misma misión salvífica de la Iglesia, apostolado al que todos están destinados por el Señor mismo en virtud del bautismo

y de la confirmación. Y los sacramentos, especialmente la sagrada eucaristía, comunican y alimentan aquel amor hacia Dios y hacia los hombres que es el alma de todo apostolado. Los laicos están especialmente llamados a hacer presente y operante a la Iglesia en aquellos lugares y circunstancias en que solo puede llegar a ser sal de la tierra a través de ellos. Así, todo laico, en virtud de los dones que le han sido otorgados, se convierte en testigo y simultáneamente en vivo instrumento de la misión de la misma Iglesia en la medida del don de Cristo (*Ef 4, 7*)» (*Lumen gentium*, n. 33).

— ¿Soy testigo de este amor de Cristo en mis distintos ambientes?

2. Discípulos

Al día siguiente, estaba Juan con dos de sus discípulos y, fijándose en Jesús que pasaba, dice: «Este es el Cordero de Dios». Los dos discípulos oyeron sus palabras y siguieron a Jesús. Jesús se volvió y, al ver que lo seguían, les pregunta: «¿Qué buscáis?». Ellos le contestaron: «Rabí (que significa Maestro), ¿dónde vives?». Él les dijo: «Venid y veréis». Entonces fueron, vieron dónde vivía y se quedaron con él aquel día; era como la hora décima. Andrés, hermano de Simón Pedro, era uno de los dos que oyeron a Juan y siguieron a Jesús; encuentra primero a su hermano Simón y le dice: «Hemos encontrado al Mesías (que significa Cristo)». Y lo llevó a Jesús. Jesús se le quedó mirando y le dijo: «Tú eres Simón, el hijo de Juan; tú te llamarás Cefas (que se traduce: Pedro)» (*Jn 1, 35-42*).

Nos dice el papa Francisco en su exhortación apostólica *Evangelii gaudium* que todos somos *discípulos misioneros*, esta es nuestra vocación y consiste en:

1. mostrar a Jesús: «*Este es el Cordero de Dios*»
2. ser discípulos: «*Venid y veréis*»
3. misioneros: «*Hemos encontrado al Mesías (que significa Cristo)*»

En virtud del bautismo recibido, cada miembro del Pueblo de Dios se ha convertido en discípulo misionero (cf. *Mt* 28, 19). Cada uno de los bautizados, cualquiera que sea su función en la Iglesia y el grado de ilustración de su fe, es un agente evangelizador (...). Todo cristiano es misionero en la medida en que se ha encontrado con el amor de Dios en Cristo Jesús; ya no decimos que somos «discípulos» y «misioneros», sino que somos siempre «discípulos misioneros». Si no nos convencemos, miremos a los primeros discípulos, quienes inmediatamente después de conocer la mirada de Jesús, salían a proclamarlo gozosos: «¡Hemos encontrado al Mesías!» (*Jn* 1, 41). La samaritana, apenas salió de su diálogo con Jesús, se convirtió en misionera, y muchos samaritanos creyeron en Jesús «por la palabra de la mujer» (*Jn* 4, 39). También san Pablo, a partir de su encuentro con Jesucristo, «enseguida se puso a predicar que Jesús era el Hijo de Dios» (*Hch* 9, 20). ¿A qué esperamos nosotros? (*Evangelii gaudium*, n. 120).

- ¿Muestro a Jesús como el Cordero de Dios?
- ¿Mi encuentro con el Señor me lleva a querer anunciarle con alegría?
- ¿Qué me impide hablar de Él? (temor, vergüenza, respetos humanos...)

«Matrimonio, vida consagrada, sacerdocio: cada vocación verdadera inicia con un encuentro con Jesús que nos dona una alegría y una esperanza nueva (...). Jesús quiere personas que hayan experimentado que estar con Él dona una felicidad inmensa, que se puede renovar cada día de la vida. Un discípulo del reino de Dios que no sea alegre no evangeliza este mundo»

- ¿Vives con alegría tu vocación como discípulo de Jesús?
- ¿Crees que la alegría es capaz de evangelizar a este mundo?

3. Llamados

En aquellos días, Jesús salió al monte a orar y pasó la noche orando a Dios. Cuando se hizo de día, llamó a sus discípulos, escogió de entre ellos a doce, a los que también nombró apóstoles: Simón, al que puso

de nombre Pedro, y Andrés, su hermano; Santiago, Juan, Felipe, Bartolomé, Mateo, Tomás, Santiago el de Alfeo, Simón, llamado el Zelote; Judas el de Santiago y Judas Iscariote, que fue el traidor (*Lc* 6, 12-16).

La llamada de Jesús a los apóstoles es fruto de su oración con el Padre, las vocaciones se descubren en la intimidad y en el silencio de la oración.

La Iglesia necesita imperiosamente el pulmón de la oración, y me alegra enormemente que se multipliquen en todas las instituciones eclesiales los grupos de oración, de intercesión, de lectura orante de la Palabra, las adoraciones perpetuas de la Eucaristía (*Evangelii gaudium*, n. 262).

- ¿Cómo es mi oración? ¿Participo en algún grupo de oración?
- ¿Medito cada día la Palabra de Dios? ¿Conozco la *lectio divina*?
- ¿Rezo por los que el Señor ha llamado y elegido para guiar al Pueblo de Dios?

4. Consagrados

Todos los que hemos recibido el bautismo hemos sido consagrados a Cristo y ungidos por el Espíritu Santo, para que se produzcan siempre en nosotros los más abundantes frutos del Espíritu. Pues todas nuestras obras, oraciones e iniciativas apostólicas, la vida conyugal y familiar, el cotidiano trabajo, el descanso de alma y de cuerpo, si son hechos en el Espíritu, e incluso las mismas pruebas de la vida si se sobrellevan pacientemente, se convierten en sacrificios espirituales, aceptables a Dios por Jesucristo, que en la celebración de la Eucaristía se ofrecen piadosísimamente al Padre junto con la oblación del cuerpo del Señor. De este modo, también los fieles, como adoradores que en todo lugar actúan santamente, consagran el mundo mismo a Dios (cf. *Lumen gentium*, n. 34).

- ¿Consagras el día al Señor? (te puede ayudar alguna oración)⁴
- ¿Ofreces las pruebas pacientemente al Señor?

En el discernimiento de una vocación no hay que descartar la posibilidad de consagrarse a Dios en el sacerdocio, en la vida religiosa o en otras formas de consagración. ¿Por qué excluirlo? Ten la certeza de que, si reconoces una llamada de Dios y lo sigues, eso será lo que te hará pleno (*Christus vivit*, n. 276)

- ¿Me alegraría si Dios llamara a uno de mis hijos al sacerdocio o una hija a la vida consagrada?

5. Enviados

Como el Hijo fue enviado por el Padre, así también Él envió a los Apóstoles (cf. *Jn* 20, 21) diciendo: «Id, pues, y enseñad a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, enseñándoles a guardar todo lo que os he mandado. Yo estaré con vosotros siempre hasta la consumación del mundo» (*Mt* 28, 19-20). Este solemne mandato de Cristo de anunciar la verdad salvadora, la Iglesia lo recibió de los Apóstoles con orden de realizarlo hasta los confines de la tierra (cf. *Hch* 1, 8). Por eso hace tuyas las palabras del Apóstol: «¡Ay de mí si no evangelizare!» (*1 Cor* 9, 16), y sigue incesantemente enviando evangelizadores (*Lumen gentium*, n. 17).

- ¿Te sientes enviado por Cristo a anunciar la verdad salvadora?

Somos enviados hoy para anunciar la Buena Noticia de Jesús a los tiempos nuevos. Hemos de amar nuestra hora con sus posibilidades y

⁴ Ven, Espíritu Santo, inflama nuestros corazones en las ansias redentoras del Corazón de Cristo para que ofrezcamos de veras nuestras personas y obras en unión con Él por la redención del mundo. Señor mío y Dios mío Jesucristo, por el Corazón Inmaculado de María me consagro a tu Corazón y me ofrezco contigo al Padre en tu santo sacrificio del altar con mi oración y mi trabajo sufrimientos y alegrías de hoy en reparación de nuestros pecados y para que venga a nosotros tu Reino. Te pido, en especial, por el papa y sus intenciones. Por nuestro obispo y sus intenciones. Por nuestro párroco y sus intenciones.

riesgos, con sus alegrías y dolores, con sus riquezas y sus límites, con sus aciertos y sus errores (*Christus vivit*, n. 200).

— ¿Descubro en toda ocasión un tiempo propicio para evangelizar?

Toda persona tiene el derecho de escuchar el Evangelio ofrecido por Dios para la salvación del hombre, Evangelio que es el mismo Jesucristo. Como la samaritana junto al pozo, también la humanidad de hoy tiene necesidad de sentirse decir las palabras de Jesús «Si conocieras el don de Dios» (*Jn* 4, 10), para que estas palabras hagan surgir el deseo profundo de salvación que se encuentra en cada hombre: «Señor, dame de esa agua, para que no tenga más sed» (*Jn* 4, 15)⁵.

— ¿Soy consciente de que he sido enviado para anunciar la salvación?

Conclusión

Todos somos responsables de las vocaciones sacerdotales, todos debemos cuidar de este don de Dios para su Iglesia, porque es un bien para su vida y misión. Por eso tenemos que custodiar este don, estimarlo y amarlo (cf. PDV, n. 41). Todo el Pueblo de Dios debe orar y trabajar por las vocaciones sacerdotales porque la Iglesia y el mundo tienen absoluta necesidad de ellos (cf. PDV, n. 82).

Pidamos a san José, custodio de las vocaciones sacerdotales, que suscite en la Iglesia pastores misioneros, que anuncien con valentía la alegría del Evangelio, que es Jesucristo y nos ayuden a vivir en plenitud de nuestra vocación.

⁵ SÍNODO DE LOS OBISPOS, *La nueva evangelización para la transmisión de la fe cristiana. Instrumentum laboris*, n. 33.

Oración por las vocaciones⁶

Padre de misericordia, que has entregado a tu Hijo por nuestra salvación y nos sostienes continuamente con los dones de tu Espíritu, concédenos comunidades cristianas vivas, fervorosas y alegres, que sean fuentes de vida fraterna y que despierten entre los jóvenes el deseo de consagrarse a Ti y a la evangelización.

Sostenlas en el empeño de proponer a los jóvenes una adecuada catequesis vocacional y caminos de especial consagración. Dales sabiduría para el necesario discernimiento de las vocaciones de modo que en todo brille la grandeza de tu amor misericordioso.

Que María, Madre y educadora de Jesús, interceda por cada una de las comunidades cristianas, para que, hechas fecundas por el Espíritu Santo, sean fuente de auténticas vocaciones al servicio del pueblo santo de Dios.

Oración por la santificación de los sacerdotes⁷

Oh, Jesús, que has instituido el sacerdocio para continuar en la tierra la obra divina de salvar a las almas, protege a tus sacerdotes en el refugio de tu Sagrado Corazón. Guarda sin mancha sus manos consagradas, que a diario tocan tu sagrado Cuerpo, y conserva puros sus labios teñidos con tu preciosa Sangre. Haz que se preserven puros sus corazones, marcados con el sello sublime del sacerdocio, y no permitas que el espíritu del mundo los contamine.

Aumenta el número de tus apóstoles, y que tu santo amor los proteja de todo peligro. Bendice sus trabajos y fatigas y que, como fruto de su apostolado, obtengan la salvación de muchas almas que sean su consuelo aquí en la tierra y su corona eterna en el Cielo. Amén.

⁶ FRANCISCO, *Mensaje* para la Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones (29.XI.2015).

⁷ Santa Teresita del Niño Jesús.

